

JOSÉ FRANCISCO VERGARA, GRAN CONDUCTOR Y ESTRATEGA CIVIL DE LA GESTA DEL PACÍFICO

Roberto Silva B.*

Fundador de Viña del Mar, galán y guerrero, intelectual y hombre de acción, fue el Ministro de Guerra que llevó el conflicto del 79 a gloriosa culminación.

Una poblada delirante desbordó la naciente comuna de Viña del Mar, la noche del 20 de enero de 1881. Las campanas se echaron al vuelo. Los fuegos artificiales pintaron el cielo y los gritos cubrieron de emoción los rostros de quienes casi inconscientemente marcharon hasta el Gran Hotel. En medio de una gran alegría ensordecedora, surgió el silencio entre los presentes que vieron abrirse las ventanas de un balcón, tras las cuales apareció la robusta figura del cantor de las glorias de Chile, Benjamín Vicuña Mackenna, quien con encendido patriotismo contó las luchas de nuestros combatientes para tomarse la ciudad de Lima, final de un largo recorrido de sangre, desierto, descargas y banderas. Habló de Chorrillos y Miraflores, repartió la victoria entre todos y destacó la figura de uno de ellos: José Francisco Vergara, gestor y artífice de una expedición que la historia aún no puede recoger en toda su magnitud. La gente lloró al escucharlo y no encontró otro camino para manifestar su gratitud por este hombre extraordinario que ir, encabezados por don Benjamín y tras una larga procesión de antorchas, hasta la Quinta de don José Francisco Vergara, donde aclamaron y aplaudieron a su esposa, doña Mercedes Álvarez, que recibió la sincera expresión de un pueblo agradecido por la labor de su Ministro de Guerra.

Este Vergara es una extraña y apasionante figura nacional.

Uno termina preguntándose por qué no se lo enseñaron en el colegio. Pero como no tiene respuesta, acepta el olvido que se reparte entre tantos forjadores de la Patria, que no encontramos en las páginas escolares de la historia. Uno piensa entonces por qué no mostraron al menos esa facha de galán y de guerrero, de ingeniero y periodista, de estadista y amante de las flores, de urbanista y empresario, de intelectual, y simplemente, de caballero.

Hay tanto tras la figura de José Francisco Vergara, que cuesta decidirse por dónde empezar a mostrarlo, más todavía, cuando por todos los caminos se llega a la excelencia.

Una muestra de lo que afirmamos es el entusiasmo con que lo retrata nuestro historiador Francisco Antonio Encina: "La nota más desconcertante de la personalidad de Vergara es la conciliación de algunas características que siempre andan divorciadas,

*. Profesor de Ciencias Sociales, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Director fundador del Diario "El Observador" de Quillota.

aún en los cerebros mejor dotados. Su amplitud mental era sencillamente asombrosa, sus aptitudes recorrían una gama que iba desde el hábil hombre de negocios hasta el estratega, desde el matemático hasta el escritor de poderoso temperamento literario, desde la más delicada sensibilidad hasta el más impetuoso empuje de la voluntad. Y la suya era una amplitud cerebral auténtica, la antítesis del charlatán, bueno para todo y apto para nada”.¹

Efectivamente, José Francisco Vergara fue un gran “hacedor de cosas”. Un realizador a través de toda su existencia la cual ya estaba marcada por su familia, primer crisol en el que se funden los ideales y valores que nos acompañan toda la vida. Por parte de su padre, don José María Vergara Albano, que fue ayudante de O’Higgins, aprendió que la patria pueden hacerla los padres para los hijos, y por parte de su madre, doña Carmen Echevers y Cuevas, con antepasados en la Conquista y ligados a los Carrera, vislumbró ese sencillo heroísmo con que después asombró a sus soldados, al ubicarse en la primera fila del combate.

A los veinte años era un joven ingeniero agrimensor que llegaba a trabajar en la construcción del ferrocarril que uniría Santiago con Valparaíso. Llegó a instalar una vía y terminó construyendo una gran ciudad.

Entre tanto medir y trazar, se fue adentrando en la hacienda La Viña de La Mar, que pertenecía a la rica familia Álvarez. A los seis años de estar trabajando se casó con Mercedes Álvarez, con quien tuvo dos hijos, Blanca y Salvador; pasando a ser dueño de las tierras que medía con tanto ardor. A la muerte de su esposa loteó los terrenos, regaló otros tantos y fundó la hermosa Viña del Mar.

En un libro que escribí para el centenario de dicha comuna, titulado “Me llamo Viña del Mar”, la ciudad cuenta su vida y le habla al fundador en estos términos: “Desde nuestra casa salieron las esperanzas de muchas casas y tú mismo les diste vida cuando entregaste mis extensiones y repartiste mis bellezas, sin esperar nada más que mi felicidad. Muchas veces creo que debieran hacerte un monumento grande, donde te viéramos junto a mi padrino Benjamín, pero después me doy cuenta que no lo necesitas, estás en todas partes, como en los tiempos de la hacienda en que podías pasar al galope por nuestros prados. Todo sigue siendo tuyo y no hay mejor monumento que mi presencia de hija que respondió frente a lo que su padre había querido para ella. Gracias por todo”.²

Pero volvamos a nuestro personaje, desde joven ingresó al partido Radical y fue miembro activo del Club de la Reforma. Fue Diputado y Senador. En 1875 fundó en Valparaíso el diario “El Debate”. Asumió como Ministro del Interior del Presidente Santa María, en la seguridad de ser más tarde el sucesor del mandatario. Hubo problemas y

1. ENCINA, Francisco Antonio “Historia de Chile”, Ed. Nascimento, Santiago de Chile, Tomo XVII, 1951, pág.252.

2. SILVA BIJIT, Roberto “Me llamo Viña del Mar”, Ed. Edeval, Valparaíso, 1974, pág.57.

fustigó duramente al gobierno a través de la prensa. Célebres son sus “Cartas políticas”, publicadas en “La Libertad Electoral”.

Santa María cambió de opinión y llevó como candidato oficial del gobierno a José Manuel Balmaceda. Vergara fue el candidato opositor, pero renunció ante la inconmensurable intervención de La Moneda.

Sin embargo, creemos que su monumento de gloria lo alcanza durante la Guerra del Pacífico, de la cual fue un gran conductor y su mejor estrategia civil.

Un dato es preciso para comprender muchas de las cosas que vamos a tratar. Al momento de declarar la guerra, febrero de 1879, Chile tenía un ejército integrado por 2.000 hombres en total. Durante la guerra combatieron al rededor de 70.000 soldados. Ello significa que los civiles fueron los que hicieron la guerra, es decir, “La nación en armas es la que forma sus filas”, como dijo Gonzalo Bulnes.³

Pero las decisiones se tomaban tratando de hacer coincidir la posición del gobierno, de los generales y almirantes, del Congreso y de opinión pública. Hacer una guerra teniendo al país en un sistema político basado en la libertad y soportando de por medio hasta una campaña presidencial, es asunto complejo y riesgoso.

Cuando a comienzos del 79 se declaró la guerra a Perú y Bolivia, más aún, cuando la “Esmeralda” se sumergió en las gloria, Chile entero se conmocionó y quiso hacer justicia de la manera más rápida posible.

Podemos afirmar que había dos posiciones que se vieron representadas, una por el Gobierno, en ese momento el Ministro Prats, y otra por las Fuerzas Armadas, Marina y Ejército, representadas por el Almirante Williams Rebolledo. Los primeros pensaban que había que declarar la guerra y en el mismo día, bombardear la flota peruana que se sabía estaba en reparaciones en el Callao, dejando de este modo abierto el camino a Lima. Los segundos pensaban que era necesario ir más lento, primero bloquear Iquique y luego hostilizar a los pobladores de Tarapacá, de tal modo que se fuera escalando paso a paso hasta llegar a Lima.

Tanto el Ministro de la Guerra, Rafael Sotomayor, que murió en plena campaña desplomándose sobre su escritorio de trabajo, como su reemplazante, José Francisco Vergara, debieron dirigir el curso de las operaciones considerando la posición de los uniformados.

Vergara fue designado Secretario del General en Jefe, a la vez que comandaba fuerzas de caballería. El 5 de noviembre de 1879 se ofreció para efectuar una exploración en el territorio enemigo. El combate se desarrolló en un planicie llamada Pampa de Germania, cerca de Dolores, donde los chilenos arrasaron con las fuerzas aliadas, las que fueron perseguidas a la desbandada y con arma blanca.

3. BULNES, Gonzalo “La Guerra del Pacífico”. Tomo III, Citado por Oscar Pinochet de la Barra en el resumen de la obra. Ed. Del Pacífico, Santiago de Chile, 1976, pág.10.

Días después se produjo la Batalla de Dolores, en la que Vergara impuso su criterio estratégico sobre el del Coronel Sotomayor, hermano del Ministro. Este hecho evitó una catástrofe para nuestras armas, pero produjo una ruptura definitiva, que estuvo a punto de solucionarse con la espada, entre un civil en la guerra y un militar de carrera. A mediados de diciembre vino la batalla de Tarapacá y el Ministro le solicitó a Vergara que regresara a su hogar, lo que hizo inmediatamente, quedándose por poco tiempo en Viña del Mar, ya que según le cuenta a su hijo Salvador, que estaba en Ginebra, el 26 de enero de 1880, que regresa al frente. “Nuestra guerra está en un reposo completo. Después del recio combate de Tarapacá no ha habido un solo hecho de armas de importancia, porque la excursión a Moquehua fue un hecho sin consecuencia ninguna. Hace tiempo que debiera haberse tomado la ofensiva, pero nada se hace, por falta de aptitudes en los jefes y la inactividad que caracteriza al Ministro Sotomayor, que todavía permanece en su puesto. Yo parto para el Ejército el 31 de este mes, a tomar mi puesto de Secretario General, llevando instrucciones del Gobierno i toda su confianza respecto a las operaciones que se han de emprender”.⁴

El 15 de julio de 1880, José Francisco Vergara, asume el Ministerio de Guerra y Marina, desatando una ola de indignación en el Ejército. Baquedano le escribe al Presidente Pinto: “El nombramiento de don José F. Vergara para ministro de guerra, ha causado en el Ejército el efecto de la explosión de una bomba i ha venido a perturbar profundamente la tranquilidad de que estábamos gozando”.⁵ Sin embargo, el país sabía lo que vendría, pues recordaba los ímpetus del jefe de Caballería, que fue el primero en entrar a Tacna, con ejemplar audacia y coraje. Chile comprendió que esta nominación de Gobierno era iniciar la marcha a Lima, último bastión y único lugar para encontrar la paz.

Vergara organiza desde Arica la expedición a Lima. Instala un muelle y el día de la partida vigila todos y cada uno de los movimientos. Su mirada, mezcla de orgullo y satisfacción, ve partir los lanchones con los víveres, equipaje, municiones, forraje, etc., de los 8.800 hombres que definirían la guerra. Difícilmente otro hombre hubiera podido realizar esta obra sin tener la multifacética personalidad de Vergara.

La ocupación de Lima, el izamiento de la bandera chilena en el Palacio de los Virreyes y la alegría nacional, concluyen la tarea de Vergara en la guerra, continuando una valiosa obra en la búsqueda de la paz definitiva.

Volverá a Viña del Mar teniendo una agitada vida pública y sumiéndose también en el personal cuidado de sus jardines. Murió el 15 de febrero de 1889, podando unos laureles, símbolo de la gloria que a veces le han podado también a su figura histórica.

“La posteridad -escribió Barros Arana-, lo colocará en el rango de los más ilustres hijos de esta patria chilena, a cuya gloria y a cuya prosperidad consagró toda la

4. Carta de José Francisco Vergara a su hijo Salvador, 26 de enero de 1880, original en archivo de Enrique Pérez Silva.

5. VICUÑA MACKENNA, Benjamín “Historia de la Campaña de Lima”, Ed. Rafael Jover, Santiago de Chile, 1881, pág. 277.

inteligencia de una cabeza privilegiada y toda la entereza y toda la actividad de un gran carácter... Vergara mereció en vida afecto de sus conciudadanos y merecerá en la historia el respeto y el aplauso de la posteridad".⁶

6. BARROS ARANA, Diego, "Obras Completas", Tomo XII, citado por Carlos Larrain en Viña del Mar, Ed. Nascimento, Santiago de Chile, 1946, pág.266.